CAPÍTULO XVII.

UN JÓVEN AUDAZ.

SERIAN las diez de la mañana, cuando el ruido estrepitoso de unas pisadas y algunas risas vinieron á sacar á Isolina de su enagenamiento.

Al levantar la cabeza encontró que entraban á la sala tres caballeros.

Eran los mismos que en la noche anterior la habian visitado en el foro.

—Buenos dias, interesante Isolina, dijo uno de ellos.

—Buenos dias, dijeron los otros.

—Venimos á ver si ya no está usted tan enojada con nosotros.

—Anoche estaba usted algo indispuesta.

—Es natural, dijo otro, no estando usted acostumbrada.....

El primero de los jóvenes que se habia dirigido á Isolina, acababa de arrimar su silla con ese modo particular del que va á emprender una conversacion íntima.

Isolina se levantó de su asiento.

—¡Caballero! exclamó con reposada dignidad, esta no es mi casa, ni he autorizado á nadie para que me visite; y no habiendo tenido el honor de que ustedes me hayan sido presentados, me creo excusada de recibir á ustedes y de hacerles los honores de la casa.

Y diciendo esto, Isolina hizo un movimiento con la cabeza y se dirigió á la puerta.

El jóven calavera iba á detenerla, pero una mirada de desprecio por parte de Isolina, lo contuvo á su vez.

—¿Saben ustedes, dijo el jóven, que esta chica es mas orgullosa de lo que parece?

—Y en el fondo tiene razon.

—Ya este va á moralizar.

—No, á ser tambien orgulloso.

—¡Hombre!

—Sí: este que la echa de calaveron, cree que todas las mugeres se mueren por él; y lo que es en esta vez, me alegro del desaire que nos han corrido, solo para que aprendas á respetar un poco á las mugeres.

—Esta bien, *papá*, dijo el calavera con las orejas coloradas.

—Mira qué bonito papel estamos haciendo; á no ser que tengas tan poca delicadeza que te propongas tirar la puerta para seguir á Isolina hasta donde esté, en cuyo caso te abandonaré en tu empresa, en la que me parece que has empezado por hacer fiasco.

—Eso crees tú porque eres un candoroso; pero yo conozco á la gente de teatro y estas que se manifiestan altivas, son las que caen mas pronto; ya lo verás, tendré muy breve el placer de que cenemos juntos.

—No será tan contentos como nuestro compañero que recibió la bolea mas bien dada que yo he visto.

—Ya se ve que no, porque ese señor de las boleas, ya está á buen recaudo y tiene con su herida que esperarse lo menos dos meses, para dar la segunda bolea, si es que queda útil.

—De todos modos, me parece que por aquí no haces nada, y que obrando prudentemente debemos retirarnos, para no exponernos á nuevos desaires y contratiempos.

—El que no tenga valor ni voluntad para seguirme, que dé un paso á retaguardia, dijo el jóven calavera con aire de maton; yo seguiré solo y les probaré que una comparsa como esta, no es la que á mí me ha de poner la ley.

—¿Qué sucede, qué sucede? dijo doña Atanasia entrando; ¿qué gritos son esos en mi casa? ¡Ave María Purísima! ¡si aquí está toda la *chorcha!* ¡todo el cocorismo del teatro! ¡Dios nos saque con bien!

—Venga usted acá, mamá Atanasia, exclamó el jóven

calavera; usted que es una persona de tantas agallas y de *tanto pico* va á resolver esta cuestion.

—¿Qué cuestion? vamos á ver.

—Estos caballeros se han empeñado en disuadirme de que enamore á Isolina.

—Hacen bien.

—¡Bravo! ¡bravo! dijeron los otros dos jóvenes.

—Calma, señores, todavía no canten victoria.

—¿Y por qué hacen bien, mamá Atanasia?

—Porque esa jóven tiene dueño.

—¡Bueno! dijeron los dos jóvenes.

—Silencio, señores, se prohiben los comentarios en las galerías; ¿ó no conocen ustedes el reglamento del congreso? ¿Conque tiene dueño, mamá Atanasia?

—Sí que tiene y..... oiga usted..... pudiente, contestó la vieja haciendo una ruedita con el índice y el pulgar de la mano derecha.

—Es que yo no la pretendo como propietario, sino como suplente.

—¡Ah! pues entonces me parece mas difícil.

—¡Bravo, bravo! dijeron los jóvenes; estás derrotado.

—¿Y quién es ese..... *pudiente*, mamá Atanasia?

—¡Oh! ese es mi secreto; yo estoy metida en esto solo por consideraciones á una persona á quien no puedo negarle nada; y no debo vender sus secretos ni divulgar sus cosas.

—Pues vea usted, mamá Atanasia, me parece que yo tambien puedo hacerme acreedorá consideraciones *de peso*, y entonces usted que es tan considerada y tan discreta, me ayudará á conseguir esta suplencia, cueste lo que costare.

—Vea usted..... la verdad..... no cuente usted conmigo.

—Bueno, así va bien, doña Atanasia, dijo uno de los jóvenes.

Las orejas del jóven calavera, estaban ya literalmente congestionadas.

—No sea usted cruel, doña Atanasia, agregó uno de los jóvenes; Isolina le va á corresponder á Alberto en el momento en que le vea las orejas.

—Tengo calor, repuso Alberto, que así se llamaba el jóven calavera.

—¡Ay! que calor! ¡Ay! que calor!..... cantaron sus amigos.

—Es el caso, mamá Atanasia, que usted y yo hemos de arreglar hoy este asunto.

—Por arreglado, dijo la vieja.

—¿Cómo?

—Que no habrá nada.

—Me quitaba yo el nombre.

—Me va usted á obligar á que hable claro.

—Eso es lo que quiero.

—Usted no debe enamorar á esa jóven.

—¿Por qué?

—Porque tiene un amante.

—¿Quien es?

—¿Lo digo?

—Sí.

—¿Me guarda usted secreto?

—Palabra.....

—Pues es.....

—Vamos, mamá Atanasia, ¿quién es por fin?

—Pues es..... D. Fernando.

—¿Mi tio?.....

—¡El juez! dijo un jóven.

—¡Don Fernando! repitió el otro y agregó: pues ahora sí, chico, me parece que no nos resta mas que tomar los sombreros y marcharnos con la música.

—¡Qué poco me conecen ustedes! dijo Alberto á pesar de estar conociendo interiormente que en realidad aquel asunto iba siendo mas y mas difícil. En fin, continuó, me parece muy bien que ustedes tomen sus sombreros y me dejen en paz; que en cuanto á mí, ahora es cuando esta historia empieza á interesarme formalmente.

—No seas necio, vámonos.

—No, y mil veces no; váyanse ustedes.

—Pues entonces, adios, adios, doña Atanasia.

Y los jóvenes salieron.

—¿Conque es posible que mi tio esté arreglado?

—Sí, hijo mio, sí, pero cuidado con descubrirme.

—¡Mi tio, eh! viejo hipócrita, santurron, ¡y parece que no sabe quebrar un plato! Pues ahora me empeño doblemente, ahora es cuando hablo de veras, ahora es cuando voy

á hacer todo cuanto pueda, hasta arruinarme si es preciso, por jugarle á mi tio una mala pasada y vengarme.

—¿Vengarse? ¿pero de qué?

—¿Cómo de qué? de que mi tio, ¿ya lo ve usted tan santurron y tan callado? pues la pobre de su muger está loca, loca por las pesadumbres que este viejo rabo verde le ha dado con sus amoríos y sus escándalos.

—¿Conque está loca su muger?

—Sí, mamá Atanasia, loca por la mala conducta del viejo.

—¡Y tan bonita!

—Y tan buena. Pero no es eso lo que á mí me atañe, sino que este pícaro á quien yo no sé que le ven las mugeres, me quitó una chica, sí señor, me la quitó de la noche á la mañana, sin poderlo evitar.

—¡Cómo! ¿es posible?

—¡Vaya! figúrese usted que estando yo en grande, una mañanita, sin antecedentes ni sospechas de ninguna clase, desapareció la chica como por encanto, y á los dos meses de buscarla, vamos resultando con que la niña estaba en la hacienda de mi tio. El muy bribon finjió un recado de mi parte y se llevó á mi amor á su hacienda sin decir á nadie nada; y lo peor es, que luego pretendió hacerme creer que me habia hecho un señalado favor, favor de padre porque conocia que me estaba yo perdiendo, y que todo lo habia hecho por mi bien.

—¿Conque es posible?

—Ya verá usted, mamá Atanasia, que el tio me la debe

y que estoy en mi derecho para hacerle una cosa por el estilo.

—¡Pero Alberto!

—Nada, nada de dificultades, mamá Atanasia; ya sabe ueted que cuando digo *por aquí*, no hay poder humano que me haga retroceder; sobre todo, no pretendo sino la segunda plaza, me conformo con la suplencia.

—¡Ay Alberto! me asusta usted y no debe ignorar cuantos servicios le debo á D. Fernando, que por él no me he muerto de hambre, que por él tengo colocacion, y yo no quiero portarme mal.

—Salva usted su responsabilidad ¡ba! bonita usted para no saber manejar negocios de esta clase.

—Es que.....

—Vamos, mamá Atanasia,por lo pronto guarde esa amarilla y hablemos mas despacio.

—Pues váyase usted, hijito, que nada tarda en venir D. Fernando, dijo la vieja echándose en el seno la onza de oro que le dió Alberto.

—Adios, mamá Atanasia. ¡Ah! agregó volviéndose, cuando vea yo esa macetita de *albahaca* en la ventana, puedo entrar; si usted quiere que no encuéntre aquí á mi tio, quítela, y adios.

—¡Qué malo es usted, Alberto!

—¡Qué viva es usted, mamá Atanasia!

Doña Atanasia cuando se vió sola se llevó la mano al

estómago, donde á la sazon estaba sintiendo lo frio de la onza de oro, y exclamó:

—Es necesario transijir con este Alberto, porque es un loco de atar y es capaz de hacer cien barbaridades.